

LIBRO TERCERO.

EL RENACIMIENTO.

CAPITULO I.

CONSIDERACIONES GENERALES.

Cada siglo desprecia lo presente y exalta lo pasado; si hiciéramos caso de los lamentos de los contemporáneos, habríamos de creer con Horacio que el género humano va deteriorándose incesantemente, y que su desdichada condición se hace de día en día más miserable. No es éste el lugar oportuno para poner de manifiesto la ilusión que constituye el fondo de estas quejas; es natural que los hombres se afecten más por los males reales que les tocan de cerca, que por las desgracias que no conocen más que por la historia. Hay sin embargo épocas afortunadas entre todas, en que los gemidos son reemplazados por esperanzas infinitas; en estos tiempos felices, los ánimos se lanzan risueños hacia el porvenir. Tal fué el Renacimiento. Los filósofos y los literatos del siglo xv creían que iba á volver la edad de oro. Escuchemos á Ficino, el admirador entusiasta de Platon: « Las letras renacen; las artes y la filosofía, la elocuencia y la sabiduría se dan la mano. La Alemania inventa el medio de multiplicar y de perpetuar los tesoros de la literatura. ¿ No es esto la edad de oro que vuelve? » (1). La vida, que siempre tiene sus contras y que á veces es tan pesada, era

(1) FICINI *Epist.*, lib. XI (*Op.*, t. I, p. 369). C. lib. XII, p. 889. — POMPONIIUS LAETUS (*POLITIANI Epist.* I, p. 25) y NICOLAS GERBELLIIUS se felicitan de haber nacido en el siglo magnífico en que hay tantos hombres distinguidos (*TRITHEMII Op.*, p. 543). — ERASMO dice frecuentemente, en las cartas escritas antes de las perturbaciones de la Reforma, que ve ante sí una edad de oro (*Epist.* 417, *Op.*, t. III, P. 1.^a, p. 438).

entonces dulce y ligera: *el vivir es un placer*, exclama *Hutten*, uno de los más nobles órganos de aquella edad que ha producido tantos hombres distinguidos (1).

El Renacimiento merece el nombre que ha dado la posteridad á la exuberancia de vida del siglo xv; no es, como comunmente se cree, que la antigüedad revive, sino una vida nueva que se manifiesta en todos los dominios del pensamiento. Este sentimiento es el que anima á los hombres del Renacimiento y les hace la existencia tan agradable. La idea de un renacimiento implica á la vez aspiraciones hácia el porvenir y abandono de lo pasado. La Edad Media estaba léjos de tener para los humanistas el atractivo que tiene hoy para los hombres que echan de ménos la religion y las instituciones de nuestros antepasados. Entonces se consideraban como un largo sueño los siglos en que el pensamiento había estado encadenado por el dogma (2), y como el sueño es la imágen de la muerte, el despertar del pensamiento parecía un verdadero renacimiento á la vida (3).

Cuando la humanidad entra en una era nueva, tiene siempre lugar una reaccion contra lo pasado; así sucedió en el paso de la antigüedad al cristianismo; lo mismo sucedió en el paso de la Edad Media á los tiempos modernos. En la Edad Media el catolicismo era la palabra de vida de los hombres; ahora bien, el catolicismo es la reprobacion de la naturaleza, de la sociedad, de la vida, del mundo; su ideal es morir para el mundo y para la vida real. Bajo la inspiración de la antigüedad, el Renacimiento sacudió su sudario. El genio antiguo, tal como está encarnado en el helenismo, diviniza la naturaleza, la vida y la humanidad. El Renacimiento fué tambien el regreso á la naturaleza; de aquí una profunda hostilidad contra el catolicismo. Juliano el Apóstata decía que jamas un verdadero heleno se haria cristiano; creía imposible que una religion de muerte triunfase sobre una religion de vida. El Galileo venció, pero el helenismo no murió más que

(1) HUTTEN *Epist. ad Pirckheimer* (*Op.*, t. III, p. 99, ed. MÜNCH).

(2) ERASMI *Epist.* 417 (*Op.*, t. III, P. 1.^a, p. 437): «*Mundus resipiscit velut ex altissimo somno exurgens.*»

(3) HERMOLAUS BARBARUS dice de los escolásticos: «*Qui no viventes quidem vivebant.*» (POLITIANI, *Ep.* IX, 3.)

para renacer; Juliano tenía razon al creerle imperecedero, porque se identifica con la libertad de la inteligencia. En el siglo xiv, desde la primera aurora del Renacimiento, exclama *Petrarca*: «*Juliano renace*» (1). Era este un grito de alarma, porque era predecir la hostilidad de la edad que iba á empezar contra el cristianismo.

La oposicion del Renacimiento contra la Edad Media tomó diversas formas. En primer lugar preparó la revolucion religiosa del siglo xvi. Los frailes lo presintieron con la perspicacia del odio; de aquí sus ataques furiosos contra los hombres de letras. La Reforma dió la razon á los temores de los monjes, porque muchos de sus jefes eran literatos. Sin embargo, hubo algunos, y de los más ilustres, que se negaron á seguir la bandera de Lutero. Aquellos mismos que con sus escritos habian preparado la revolucion, renegaron de ella. ¿Era esto porque el protestantismo profesaba ideas más avanzadas, más radicales? En cierto sentido puede decirse que la Reforma iba más allá que los humanistas, porque éstos no pensaban en un movimiento religioso; pero tambien puede decirse que, bajo otros puntos de vista, los humanistas iban más allá de la Reforma. Eran, sin saberlo, de la opinion de Montaigne, de que no valia la pena de separarse del catolicismo por tan poca cosa. Si no se separaron abiertamente de la Iglesia, no fué por adhesión á la ortodoxia, sino más bien por indiferencia religiosa; siguieron siendo católicos en cuanto á la forma, pero su manera de pensar y de sentir no era ya cristiana. Se los precursóres de la filosofia moderna; hé aquí por qué no hicieron alianza con el protestantismo.

La oposicion del Renacimiento contra la Edad Media tomó un color todavia más vivo; fué en apariencia un regreso hácia la religion del pasado. Al mismo tiempo que salió de su tumba la literatura de la antigüedad, pareció revivir igualmente el paganismo, íntimamente ligado á ella. El espíritu humano procede siempre por saltos exagerados. En el siglo xv se enamoró de Grecia,

(1) PETRARCA. *Epistol. sine titulo*, v, p. 717: «*Sentio, rediit ab inferis Julianus, eoque funestior quod novum nomen assumpsit, animum servat antiquum, et hostile propositum amicitiae velo tegit.... et nisi se Christus iterum vindicet, acutum est.*»

de su filosofía, de su poesía, de su religión; pero sería un error el tomar en serio el renacimiento del paganismo. Hubo en la misma época dos movimientos hacia el pasado; los protestantes, pretendían volver al cristianismo primitivo, y los humanistas parecían volver á la religión de Homero. En realidad, ni los literatos ni los reformadores querían volver al pasado; unos y otros vinieron á parar á la libertad de pensar, aún en materia de religión. La idea de la religión se engrandeció. No era ya la estrecha ortodoxia de una Iglesia que se llama universal y condena á todos los que están fuera de su seno; era un movimiento cosmopolita que abrazaba todas las manifestaciones del sentimiento religioso. El paganismo parecía á los hombres del Renacimiento una forma religiosa tan legítima como el catolicismo. Sin dejar de creerse cristianos, los filósofos aceptaron las religiones no cristianas; no se elevaron aún á la idea de una revelación progresiva por el intermedio de la humanidad, pero su cosmopolitismo tenía esta tendencia; porque era en realidad el abandono de la revelación milagrosa. De aquí ese espíritu de tolerancia que con tanta satisfacción se observa al salir de la Edad Media, después de las cruzadas contra los herejes y en vísperas de las guerras religiosas y de las hogueras de la Inquisición.

Hé aquí el verdadero Renacimiento. Bajo cualquier punto de vista que se lo considere, se advierten en él tendencias hostiles al catolicismo. No debe pues, extrañarnos que los neocatólicos del siglo XIX emprendan de nuevo contra los humanistas la guerra que les hicieron los frailes y teologastros del siglo XV. «El Renacimiento, dicen, no es una vida nueva, es una vida artificial, es el espíritu mezquino de una filología de baja estofa, que quiere reconstituir la antigüedad en medio de la civilización cristiana. Desdeña las lenguas y las literaturas nacionales, para copiar servilmente las formas de una lengua muerta; si se hubiera escuchado á los humanistas, los italianos, los franceses y los alemanes se hubieran hecho romanos; los cristianos hubieran vuelto á los altares de Júpiter.» Tal es la acusación que *F. Schlegel* dirige contra el Renacimiento (1). Los que no ven en el Renacimiento más que

(1) SCHLEGEL, *Philosophie der Geschichte*, lección XIV.—*Geschichte der Literatur*, t. II, p. 13-15.

el regreso hacia los dioses de Homero se fijan en exterioridades y en algunos excesos más ó menos ridículos de los que siempre tienen lugar en las épocas de reacción y de vivo entusiasmo. El paganismo no es más que un elemento de la civilización helénica; lo que caracteriza el helenismo es la libertad, la independencia del pensamiento. Al renacer en el siglo XV, el genio de la Grecia sirvió para demoler el catolicismo que rechaza la libertad de la inteligencia. Pero el movimiento no fué puramente negativo; no se limitó, como dice un gran escritor, á destruir la Edad Media con la imitación artificial de la antigüedad (1). El Renacimiento, como toda revolución, tiene dos aspectos; tenía que realizar una obra de destrucción; ésta es la lucha contra la barbarie escolástica (2); tenía también la mirada vuelta hacia el porvenir, porque abre una nueva era de la civilización. Para juzgar á los humanistas, no debemos detenernos en el siglo XVI; los siglos XVII y XVIII son los que nos darán á conocer los frutos del Renacimiento. Nuestra vida intelectual procede de Grecia y de Roma; hemos sido iniciados en la cultura de la inteligencia, en la libertad del espíritu, por el estudio de las lenguas que se llaman muertas, pero que no morirán nunca. Este gran beneficio lo debemos al Renacimiento.

(1) COUSIN, *Abelardo*.

(2) HUTTEN, *Epist. ad. Jul. Pflugh* (*Op.*, t. II, p. 530): «*Magna est studiosis omnibus cum barbarie lucta, spe ingenti, fore ut pervincamus, ac littera vigeant.*»

CAPITULO II.

EL RENACIMIENTO Y LA EDAD MEDIA.

Los literatos del siglo xv tenían razón al celebrar el Renacimiento como una edad de oro; para ellos era verdaderamente la realización de este sueño de los poetas. En ninguna época han sido las letras objeto de tanta admiración; era un verdadero culto. Un humanista, cuyo nombre no es hoy conocido más que por los sabios, *Francisco Filelfo*, nos dirá la autoridad que disfrutaba en la primera ciudad de Italia, en Florencia: «Mi nombre está en los labios de todos; los primeros magistrados de la república, las mujeres más nobles, me respetan. Tienen conmigo tantas deferencias, que casi me da vergüenza. Todos los días tengo más de cuatrocientos oyentes, la mayor parte hombres hechos y del orden senatorial. Los primeros dignatarios de la república no tienen una influencia mayor que la mía» (1). Y sin embargo, aquel hombre tan considerado, tan poderoso, no tenía más mérito que saber el griego y el latín.

Cosa notable y que prueba que la Providencia dirige los destinos humanos á veces en sentido inverso de nuestros esfuerzos, un papa fué el que dió el ejemplo del apasionamiento por la literatura antigua. Nicolás V consagró su vida á la protección de las letras griegas y latinas. Después de la caída de Constantinopla, su primer cuidado fué enviar á las provincias ocupadas por los Turcos humanistas encargados de comprar los manuscritos á cual-

(1) F. PHILELPHI *Epist.*, lib. II, p. 9 y 10 v.º

quier precio; envió otros hasta las islas más lejanas del Occidente para buscar los autores latinos. Los aficionados á la literatura decían que, gracias al Papa, la Grecia no había perecido, no había hecho más que emigrar á Italia (1). Se comprende que los hombres de letras hayan ensalzado á su protector hasta las nubes. *Lorenzo Valla* lo pone por encima de todos los soberanos pontífices: «Apénas, dice, hay uno solo que pueda compararse» (2). Sin embargo, ¿quién no ve que los sucesores de San Pedro favorecían un movimiento intelectual que había de ser fatal á su poder y aún al cristianismo? Hubo papas á quienes el instinto de la conservación hizo conocer el peligro. Pablo II persiguió á los literatos; decía que todos eran herejes (3). Pero el espíritu de los tiempos era más fuerte que los individuos; sucedió en el siglo xv lo que se vió en el xviii; la Iglesia protegió á aquellos cuya misión era arruinarla, de la misma manera que los reyes y los nobles mimaron á los filósofos que esparcían las semillas de la revolución francesa.

Por más que los papas protegieron á los literatos, la guerra entre éstos y la Iglesia era inevitable. En todas partes se pronunciaron los frailes contra los restauradores de la antigüedad. El monaquismo era el verdadero representante de la inmutabilidad católica. Perfeccionar el arte de escribir y de hablar en latín, resucitar lenguas desconocidas en los monasterios, el griego y el hebreo, era, á sus ojos, una innovación que comprometía la fe. Escuchemos el sermón de un religioso mendicante: «Se ha inventado una lengua nueva llamada el griego; es preciso guardarse de ella, porque es la madre de todas las herejías. En cuanto al hebreo, queridos hermanos, lo cierto es que todos los que lo aprenden se vuelven al instante judíos» (4). No se equivocaban los frailes; no podían equivocarse respecto de las tendencias de los humanistas. No había ni uno que no cubriese de ridículo la santidad monástica; y ¿no se atacaba la perfección evangélica ata-

(1) F. PHILELPHI *Epist.*, lib. XIII, p. 92.

(2) LORENZO VALLA, *De lingua latina elegantia* (Prefacio).

(3) TIRABOSCHI, *Storia della letteratura italiana*, t. VI, P. 1.ª, p. 72.

(4) Estas frases son textuales. Las refiere CONRADO DE HERESBACH, escritor grave y respetable. (VILLEBR, *Ensayo sobre la reforma*, p. 64, nota.)

cando al monaquismo? Los religiosos predicaron que era una herejía el leer un poeta, y entendían por poeta lo mismo Cicerón y Tito Livio que Catulo y Propertio (1). Sabida es la tempestad que promovieron contra Reuchlin en odio al hebreo, la lengua de los deidades. Los libros santos, en su texto original, les parecían sumamente sospechosos: «Veo en manos de mucha gente, dice un fraile mendicante, un libro escrito en griego, al cual llaman el *Nuevo Testamento*; es un libro lleno de espinas y de veneno». ¿No eran cismáticos los griegos? Luego todo lo que estaba escrito en griego debía oler á cisma (2).

Esta oposición estúpida contra el Renacimiento no procedía únicamente de los frailes. Las Universidades, que en la Edad Media habían dirigido el movimiento intelectual, trataron de contenerlo en el siglo xv; órganos del catolicismo, se habían inmobilizado como la Iglesia. Un humanista, que estudió en Colonia en 1477, dice que tenían allí la misma afición á la antigüedad que los Judíos á la carne de cerdo (3). Colonia llegó á ser el centro de la ignorancia y de la barbarie; de allí partieron, á principios del siglo xvi, las persecuciones del oscurantismo teológico contra el ilustre Reuchlin. En Inglaterra, la lucha entre el pasado y el porvenir fué igualmente viva. Los doctores de Oxford formaron una liga contra la enseñanza del griego. Para demostrar su antipatía contra los helenistas, tomaron el nombre de los enemigos mortales de la Grecia; los *Trojanos* persiguieron con sus injurias y sus violencias á todos aquellos en quienes suponían afición á las letras antiguas. El nombre de guerra que escogieron aquellos nuevos Bárbaros era de mal agüero para su causa. No faltó un Aquiles para combatir á París y á Héctor. *Morus*, una de las inteligencias más sutiles del Renacimiento, puso á los *Trojanos* en ridículo; pero los teologastros dominaban; fué necesario el apoyo omnipotente de Enrique VIII para hacer obligatorio el estudio del griego en la Universidad de Oxford (4). Estas guer-

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4, § 154, p. 531.

(2) REUCHLIN, en *Majus, Vita Reuchlini*, p. 161.

(3) CELTES, *Od.*, lib. III, 21.—ULLMANN, *die Reformatoren*, t. II, p. 309.

(4) TH. MORUS, *Epistola scholasticis quibusdam Trojanos se appellantis* (en

ras nos parecen hoy como la de las ranas, cantada por Homero; en el siglo xv no lo creían así: era en realidad la lucha del catolicismo contra la civilización moderna. La primera facultad de teología de la cristiandad, la Sorbona, se atrevió á decir ante el Parlamento que la religión había concluido si se permitía el estudio del griego y del hebreo (1).

Cuando estalló la Reforma, la lucha se hizo más violenta. En el siglo xvi la revolución religiosa dió la razón á los frailes, como la revolución política del siglo xviii dió la razón á los enemigos de la filosofía. Los *teologastros* se encarnizaron principalmente contra Erasmo. El Luciano del Renacimiento usó contra sus adversarios la poderosa arma del ridículo, y preciso es confesar que daban motivo para ello. Habiendo acusado un predicador á Erasmo de herejía en pleno púlpito, le preguntaron cuáles eran los errores que condenaba en él; el fraile respondió: «No he leído los libros de Erasmo: he querido leer sus paráfrasis del Evangelio, pero el latín en que están escritas es demasiado elevado. Por esta elevación temo que haya incurrido en herejía» (2). Todo lo que aquellas santas gentes no comprendían era herético (3). Sin embargo, con todo el talento del mundo, Erasmo no podía negar lo que era claro como la luz, la relación entre el Renacimiento y la Reforma. Si Lutero no procedía del Renacimiento, como los frailes decían (4), no es ménos cierto que el Renacimiento iba unido á la Reforma, y que los literatos eran enemigos de la teología escolástica, lo cual, bajo el punto de vista de una estrecha ortodoxia, los hacía sospechosos de herejía. Los frailes no dejaron de asediar á los príncipes, insinuando que el estudio de las letras antiguas engendraba necesariamente revoluciones; se apoderaron de la juventud, haciendo temer á las mujeres que perdían

la biografía de MORUS, por ROBER).—WARTON, *History of english poetry*, t. III, p. 4.

(1) VILLERS, *Ensayo acerca de la reforma*, p. 63, nota.

(2) ERASMI *Epist.* 530 (*Op.*, t. III, P. 1.^a, p. 580).

(3) «*Quidquid non intelligunt, hæresis est; græce scire, hæresis est; expolite loqui, hæresis est; quidquid ipsi non faciunt, hæresis est.*» ERASMI *Epist.* 477. (*Op.*, t. III, P. 1.^a, p. 517.)

(4) *Dicitans ex his fontibus hæreses nasci.* ERASMI *Epist.* 380. (*Op.*, t. III, P. 1.^a, p. 406.)

sus hijos la salvacion si acudian á tal ó cual escuela en donde se leia á Ciceron y se estudiaba el griego y el hebreo (1). Pero sus esfuerzos fueron vanos, como lo son siempre los esfuerzos de los hombres del pasado que luchan contra un porvenir inevitable y providencial. El hombre que sufría de los frailes más ataques que el mismo Lutero (2), Erasmo, tenía la conciencia de su triunfo futuro. «¿Qué es esto en suma, decía, más que la lucha de las tinieblas contra la luz, de la barbarie contra la civilizacion?» (3). Añádanse á esto las vanidades humilladas, las ambiciones contrariadas, los intereses comprometidos (4), y se tendrá el espectáculo de lo que pasaba en el siglo XVI lo mismo que de lo que pasa á nuestra vista. La lucha sigue siendo la misma, pero el éxito es ménos dudoso que nunca.

Los *teologastros* del siglo XV han encontrado émulos en nuestros días; en pleno siglo XIX se ha querido proscribir la literatura antigua, porque es la literatura de los paganos. Este furor impotente no demuestra más que una cosa, los esfuerzos desesperados de un partido que se encuentra en el último trance para recobrar una dominacion que pierde por momentos. Pero es tal la fuerza del espíritu moderno, que arrastra aún á los que quisieran oponerse á él; una parte del episcopado se ha levantado contra la nueva invasion de los Bárbaros. Esto no impide que la Iglesia proscriba los libros que le parecen peligrosos para la salvacion de los fieles. Si pudiera, la literatura quedaria reducida á los escritos ortodoxos por el estilo de los que recomiendan los jesuitas. ¿Puede tener esperanzas la Iglesia de detener la marcha de la humanidad? ¿Ignora que la literatura es la expresion de la sociedad, de sus deseos y de sus aspiraciones, así como de sus antipatías y de sus repugnancias? Si pues la literatura moderna es anticatólica ¿no consistirá esto en que la sociedad abandona los altares de

(1) ERASMI *Adag. Chil. IV, Centur. V, Prov. I* (Op., t. III, p. 1053).

(2) «*Theologi monachique, quorum implacabile odium in me concitaram, ob propecta bonarum literarum studia, quas istæ pecudes multo pejus oderunt quam Lutherum ipsum....*» ERASMI *Epist. 742* (Op., t. III, P. 1.^a, p. 859).

(3) «*Temporis progressu vincet veritas.*» ERASMI *Epist. 422* (Op., t. III, P. 1.^a, p. 442).

(4) ERASMI *Epist. 453* (Op., t. III, P. 1.^a, p. 490); *Ep. 920* (ib., p. 1051).

Cristo? No son los literatos los que hacen incrédula á la sociedad, sino que la sociedad, al abandonar la fe de lo pasado, ha hecho á la literatura más ó ménos hostil al catolicismo. Y sin embargo, esta sociedad es obra de la Iglesia; ¡la Iglesia es quien durante diez y ocho siglos ha guiado á la humanidad por lo que ella llama camino de salvacion, y al cabo de esta dominacion secular el mundo se escapa de sus manos! A ménos de cerrar deliberadamente los ojos á la luz, debe verse en este hecho una señal de los tiempos; la muerte de una religion antigua y los resplandores que ya se perciben y que anuncian el advenimiento de una religion más conforme con las necesidades de la humanidad.